

R 2166

.A1
1833



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

EUGENIA GRANDET

Á MARÍA

Siendo ya el retrato de usted el mejor adorno de esta obra, yo deseo que su nombre sea aquí como la rama de boj que, tomada en árbol ignorado, pero santificada y bendita por la religión y renovada sin cesar por manos piadosas, sirve para proteger la casa.

DE BALZAC.

En algunos pueblecitos de provincias se encuentran casas cuya vista inspira una melancolía igual á la que provocan los claustros más sombríos, las landas más desiertas ó las ruinas más tristes. Y es que sin duda participan á la vez esas casas del silencio del claustro, de la aridez de las landas y de los despojos de las ruinas: la vida y el movimiento son en ellas tan reposados, que un extranjero las creería deshabitadas si no encontrase de pronto la mirada fría y sin expresión de una persona inmóvil, cuyo rostro medio monástico asoma por una ventana al oír el ruido de pasos desconocidos. Este aspecto melancólico lo posee un edificio situado en Saumur, al extremo de la calle montuosa que conduce al castillo por la parte alta de la villa.

Esta calle, que se ve ahora poco frecuentada, cálida en verano, fría en invierno y oscura en algunos parajes, es notable por la sonoridad de su empedrado, que está siempre limpio y seco; por la estrechez de su vía tortuosa y por la paz de sus casas, que pertenecen á la villa antigua y que dominan las murallas. Unas habitaciones tres veces seculares y sólidas aún á pesar de haber sido construídas con madera, y los diversos paisajes que ofrecen, contribuyen á dar originalidad á aquella parte de Saumur, que es tan interesante para anticuarios y artistas. Es difícil pasar por delante de estas casas sin admirar sus enormes vigas, cuyos extremos forman extrañas figuras y que coronan de un bajo relieve negro el piso bajo de la mayor parte de ellas. Aquí, piezas de madera transversales están cubiertas con pizarra y dibujan líneas azules en las frágiles paredes de un edificio cubierto por un tejado formado de pontones que los años han encorvado, y de tablones podridos y alabeados por la acción alternativa del sol y de la lluvia; allá, se ven alféizares de ventana viejos y ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas apenas se ven y que parecen muy estrechos á juzgar por el tiesto de arcilla negra de donde brotan las plantas de clavel ó de rosal de alguna pobre obrera; y más lejos, puertas provistas de enormes clavos con los cuales trazaron nuestros antepasados los geroglíficos domésticos cuyo sentido no se conocerá nunca. Tan pronto se ven allí los caracteres con que un protestante hizo constar su fe, como aquellos con que un partidario de la Liga manifestó su odio á Enrique IV,

sin faltar tampoco los del burgués que gravó allí las insignias de su *nobleza parroquial*, la gloria de su olvidada regiduría. En estas huellas se vé la historia entera de Francia. Al lado de la frágil casa construída con ripios y cascote donde el artesano deificó sus herramientas, se levanta el palacio de un noble sobre cuya puerta con dintel de piedra se ven aún algunos vestigios de su escudo y armas, destrozados por las diversas revoluciones que desde 1789 agitaron el país. En esta calle, los pisos bajos de los comerciantes no son ni tiendas ni almacenes, y los aficionados á antigüedades podrán ver en ellos el taller de nuestros abuelos en toda su primitiva sencillez. Estas salas bajas, que no tienen delantera, ni rótulo, ni escaparate, son profundas y oscuras y carecen de adornos exteriores é interiores. Su puerta está dividida en dos partes toscamente herradas, de las cuales, la superior se abre interiormente, y la inferior, provista de una campanita con resorte, se abre y se cierra á placer. El aire y la luz penetran en aquella especie de antro húmedo ya por la parte superior de la puerta, ó ya por el hueco que hay entre el techo y el paredón de un metro de altura, al que se adaptan unas sólidas ventanas que se quitan por la mañana y se colocan por la noche, sujetándolas con flejes de hierro provistos de sus correspondientes pernos. El paredón sirve al comerciante para colocar sus mercancías. Allí no se conoce el charlatanismo. Con arreglo á las costumbres del comercio, las muestras consisten en dos ó tres cubetas llenas de sal y de bacalao, en algunos paquetes de tosca tela, en cuerdas, en latón colgado de las

vigas del techo, en aros á lo largo de las paredes y en algunas piezas de paño en los estantes. Ahora, entrad. Una joven limpia, radiante de juventud, de brazos rojos y cubierta con blanca toquilla, deja de hacer calceta y llama á su padre ó á su madre, que acude, y os vende flemática, complaciente ó arrogantemente, según su carácter, lo mismo diez céntimos que veinte mil francos de mercancías. Allí podéis ver un comerciante de duelas sentado á su puerta y dando vueltas á los pulgares mientras habla con su vecino; y, á juzgar por las apariencias, diréis que no posee más que malas duelas y tres paquetes de latas; pero en el puerto, su taller, lleno, provee á todos los toneleros de Anjou, y, duela más, duela menos, este hombre puede deciros para cuántos toneles tendrá si la recolección es buena: un rayo de sol le enriquece, una tormenta le arruina, y en una sola mañana puede ponerse á once francos el tonel que sólo vale seis. En este país, como en Turena, las vicisitudes de la atmósfera influyen en la vida comercial. Viñeros, propietarios, comerciantes en maderas, toneleros, posaderos, marineros, en una palabra, todos están allí al acecho de un rayo de sol, y tiemblan al acostarse ante la idea de que al despertar pueda encontrarse todo helado; temen la lluvia, el viento, la sequía, y quieren agua, calor y nubes á su gusto. En aquel país hay un duelo constante entre el cielo y los intereses materiales, y el barómetro entristece y alegra sucesivamente la fisonomía de sus habitantes. Las palabras: «¡Vaya un tiempo hermoso!» corren de puerta en puerta de un extremo á otro de aque-

lla calle que antaño se llamaba la calle Mayor, y todo el mundo dice á su vecino que llueven luises de oro, dando á entender con esto que saben lo que un rayo de sol ó lo que una lluvia oportuna les vale. Los sábados por la tarde, durante el buen tiempo, os sería imposible adquirir cinco céntimos de mercancía en las tiendas de estos honrados industriales, pues todos tienen su viña ó su quinta y se van á pasar dos días al campo. En este pueblo, como lo tienen todo previsto, es decir, compra, venta y ganancias, los comerciantes pueden emplear de las doce horas del día, diez en alegres giras, en observaciones, comentarios y continuos espionajes. Allí, una mujer no compra una perdiz sin que los vecinos pregunten al marido al día siguiente si estaba bien aderezada. Una joven no asoma la cabeza á su ventana sin que sea vista por todos los grupos de ociosos. De modo que en aquel paraje las conciencias están á la luz del día, del mismo modo que carecen de misterios aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas. La vida se hace casi al aire libre: cada familia se sienta á su puerta y almuerza, come y disputa allí. No pasa nadie por la calle que no sea estudiado. Así es que antaño, cuando un extranjero llegaba á un pueblo de provincias, era objeto de burlas continuas de puerta en puerta, y de ahí provienen los buenos cuentos y el sobrenombre de burlones que se da á los habitantes de Angers, que se distinguen por su mucha gracia. Los palacios antiguos de la antigua villa están situados en la parte más elevada de aquella calle, habitada antaño por los hidal-

gos del país. La casa llena de melancolía donde se desarrollaron los acontecimientos de esta historia, era precisamente uno de estos edificios, resto venerable de un siglo en que las cosas y los hombres tenían ese carácter sencillo que las costumbres francesas van perdiendo á pasos agigantados. Después de seguir las sinuosidades de este camino pintoresco, cuyos menores accidentes despiertan recuerdos y cuyo efecto general tiende á sumir á uno en maquinal meditación, se ve un sombrío hueco en cuyo centro se esconde la puerta de la casa del señor Grandet. Es imposible comprender todo el interés que despierta este nombre en Saumur sin hacer la biografía del señor Grandet.

El señor Grandet gozaba en Saumur de una reputación cuyas causas y efectos no pueden ser perfectamente comprendidos por aquellas personas que no han vivido poco ó mucho en provincias. El señor Grandet, llamado por algunos el padre Grandet, y que pertenecía al número de los ancianos que disminuían ya insensiblemente, era, en 1789, un maestro tonelero que gozaba de una posición desahogada y que sabía leer, escribir y contar. Cuando la República francesa puso á la venta en el distrito de Saumur los bienes del clero, el tonelero, que contaba á la sazón cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante en maderas. Grandet, provisto de su fortuna líquida y de la dote de su mujer, unos dos mil luises en oro, se fué á la capital del distrito, y allí, mediante doscientos dobles luises que ofreció su suegro al feroz republicano que vigilaba la venta de los bienes

nacionales, obtuvo legalmente, aunque no legítimamente, por un pedazo de pan, los viñedos más hermosos de la comarca, una antigua abadía y algunas granjas. Los habitantes de Saumur eran poco revolucionarios, y el padre Grandet pasó por hombre atrevido, por republicano, por patriota, por hombre dado á las nuevas ideas (siendo así que á lo que era, en realidad, dado, era á las buenas viñas), y fué nombrado miembro de la administración del distrito de Saumur, donde dejó sentir política y comercialmente su pacífica influencia. Políticamente, protegió á los nobles é impidió con todo su poder la venta de bienes de los emigrados; comercialmente, proveyó á los ejércitos republicanos de un millar ó dos de toneles de vino blanco que cobró entrando en posesión de unas soberbias praderas que dependían de un convento de monjas, y que entraban á formar parte del último lote. Cuando el Consulado, el honrado Grandet fué alcalde, administró honradamente y vendimió mejor; cuando el Imperio le llamaron señor Grandet. Napoleón no quería á los republicanos y reemplazó al señor Grandet, reputado de haber llevado el gorro frigio, por un gran propietario, un hombre cuyo apellido iba precedido de partícula, un futuro barón del Imperio. El señor Grandet dejó los honores municipales sin ninguna pena, porque ya había hecho hacer en interés de la villa excelentes caminos que conducían á sus propiedades. Su casa y sus bienes, ventajosamente empadronados, pagaban moderados impuestos. Después de clasificadas sus diferentes propiedades, sus viñas, gracias á sus constantes cuida-

dos, habían pasado á ser la *cabeza* del país, palabra técnica que se empleaba allí para indicar los viñedos que producen los vinos de mejor calidad. Con este motivo hubiera podido pedir la cruz de la Legión de honor. Este acontecimiento tuvo lugar en 1806, época en que el señor Grandet frisaba en los cincuenta y siete años, su mujer en los treinta y seis y su hija única, fruto de sus legítimos amores, en los diez. El señor Grandet, al que la Providencia quiso sin duda consolar de su desgracia administrativa, heredó sucesivamente durante este año á la señora de la Gaudiniere, madre de su mujer, al anciano de la Bertelliere, padre de la difunta, y á la señora Gentillet, abuela materna suya: tres herencias cuya importancia no conoció nadie, pues la avaricia de estos tres ancianos era tan grande, que hacía ya mucho tiempo que amontonaban su dinero para poder contemplarlo secretamente. El anciano señor de la Bertelliere decía que colocar dinero era una prodigalidad, juzgando que era mayor el interés que se percibía contemplando el dinero que beneficiándose con la usura. El pueblo de Saumur dedujo el valor de las economías por las rentas de los bienes inmuebles. El señor Grandet obtuvo entonces el primer título de nobleza que nuestra manía de igualdad no podrá borrar nunca, pasando á ser el *primer contribuyente del distrito*. Grandet explotaba cien fanegas de viñedo, las cuales, en los años de abundancia, le daban de catorce á diez y seis hectolitros de vino; poseía trece alquerías y una abadía cuyas ventanas y puertas había tapado por economía y para que se con-

servasen y ciento y cincuenta y siete fanegas de praderas donde crecían tres mil alamos plantados en 1793. Finalmente, la casa en que vivía era también suya, y de este modo se calculaba su fortuna visible. Respecto á su capital, dos personas únicamente podían calcular vagamente su importancia, la una era un tal señor Cruchot, notario encargado de colocar el dinero al señor Grandet, y la otra el señor de Grassins, que era el banquero más rico de Saumur, y en cuyos negocios tomaba parte el viñero cuando á aquél le convenía. Aunque el anciano Cruchot y el señor de Grassins poseyesen esa profunda discreción que la confianza y la fortuna engendran en provincias, demostraban públicamente tal respeto al señor Grandet, que los observadores podían calcular la magnitud del capital del antiguo alcalde por la obsequiosa consideración de que era objeto. No había nadie en Saumur que no estuviese persuadido de que el señor Grandet tenía un tesoro particular ó algún escondite lleno de luises y de que se daba todas las noches el inmenso goce que procura la vista de una gran masa de oro. Los avaros tenían una especie de certidumbre de esto al ver los ojos de Grandet, á los que el oro parecía haber comunicado sus tonos amarillos. La mirada de un hombre acostumbrado á sacar enormes intereses de su capital contrae necesariamente, como la del lujurioso, la del jugador ó el artesano, ciertos matices indefinibles y ciertos movimientos furtivos, ávidos y misteriosos que no pasan nunca desapercibidos para sus correligionarios. Este secreto lenguaje forma, en cierto modo, la franc-

masonería de las pasiones. El señor Grandet inspiraba, pues, la respetuosa estimación á que tenía derecho un hombre que no debía nada a nadie, que, como viejo tonelero y viejo viñero, adivinaba con la precisión de un astrónomo el año en que era preciso fabricar mil toneles para su recolección ó solamente cinco, que no desperdiciaba ningún negocio, que tenía siempre vino para vender cuando éste subía de precio y que podía conservar su cosecha en sus bodegas y esperar el momento de vender el tonel á doscientos francos, cuando los pequeños propietarios daban el suyo á cinco luises. Su famosa cosecha de 1811, sabiamente almacenada y len-tamente vendida, le había valido más de doscientos cuarenta mil francos.

Financieramente hablando, el señor Grandet tenía algo de tigre y de boa: sabía agazaparse, contemplar largo tiempo su presa, saltar encima de ella, abrir la boca de su bolsa, tragarse un montón de escudos y acostarse luego tranquilamente, como la serpiente impasible, fría y metódica que digiere. Nadie le veía pasar sin experimentar un sentimiento de admiración mezclada de respeto y terror. ¿No había sentido todo el mundo, poco ó mucho, en Saumur, el cortezoso arañazo de sus garras de acero? A éste, el señor Cruchot le había proporcionado el dinero necesario para comprar una propiedad, pero le había cobrado el once por ciento; á aquél, el señor Grassins le había descontado un giro, pero cobrándole una prima enorme. Pocos días transcurrían sin que el nombre del señor Grandet dejase de pronunciarse, ya en el mercado ó ya por la

noche en las veladas. Para algunos, la fortuna del anciano viñero era objeto de orgullo patriótico; así es que más de un negociante y más de un posadero llegó á decir á los forasteros con cierto orgullo:

—Señor, aquí tenemos dos ó tres casas millonarias; pero, respecto al señor Grandet, ¡¡ni él mismo sabe lo que tiene!!

En 1816, los calculadores más hábiles de Saumur estimaban los bienes territoriales de Grandet en cuatro millones; pero como que desde 1793 á 1817 había sacado, término medio, cien mil francos anuales de sus propiedades, era de suponer que poseyese en dinero una suma casi igual á la que tenía en tierras. Así es que cuando, después de una partida de *boston* ó de una gira á las viñas, se hablaba del gran propietario, las gentes instruidas decían:

—¿El padre Grandet? ¡el padre Grandet debe tener cinco ó seis millones!

—Es usted más listo que yo, que no he podido nunca saber el total, respondía el señor Cruchot al señor de Grassins, si oían este dicho.

Cuando algún parisiense hablaba de los Rothschild ó del señor Laffitte, la gente de Saumur le preguntaban si eran tan ricos como el señor Grandet, y si el parisiense les respondía haciéndoles una desdeñosa afirmación, aquellos se miraban moviendo la cabeza con aire de incredulidad. Tan gran fortuna cubría con un manto de oro todos los actos de aquel hombre. Si algunas particularidades de su vida dieron al principio pie para el ridículo y la burla, ésta y aquél se habían gastado, y en sus menores actos, el señor Gran-

det gozaba de gran autoridad. Su palabra, su ropa, sus gestos y el guiño de sus ojos hacían ley en el país, donde todo el mundo había podido reconocer en el millonario, después de haberle estudiado como un naturalista estudiando los efectos del instinto en los animales, una profunda y muda sabiduría en sus más ligeros movimientos. «Cuando el padre Grandet se ha puesto los guantes forrados, es que el invierno será rudo», se decía: es preciso vendimiar. Cuando el padre Grandet compra tantas duelas, es que habrá gran cosecha de vino este año». El señor Grandet no compraba nunca pan ni carne. Sus inquilinos llevaban todas las semanas una provisión suficiente de capones, pollos, huevos, manteca y trigo. Poseía un molino cuyo arrendatario estaba obligado á molerle una cantidad de grano y llevarle la harina á casa. La gran Nanón, su única criada, aunque no fuese ya joven, amasaba cocía todos los sábados el pan necesario para la casa. El señor Grandet se había arreglado con los hortelanos que eran inquilinos suyos para que le proveyesen de legumbres. Respecto á la fruta, el propietario recogía una cantidad tan grande de ella, que la mayor parte la llevaba á vender al mercado. La leña para el fuego la cogía de los setos y de los árboles secos, y sus costureros la llevaban á su casa de balde en carros se la colocaban por complacencia en la leñera, recibían, en cambio, las gracias. Sus únicos gastos consistían en el vestir de su mujer, de su hijo y el suyo, en el pago de las sillas en la iglesia en la luz, en la soldada de la gran Nanón, en la recompostura de las cacerolas, en el pago de los

impuestos, en la reparación de los edificios y en los gastos de las explotaciones. El millonario tenía seiscientas fanegas de bosque compradas recientemente y que él hacía vigilar al guarda de un vecino, prometiéndole una indemnización. No comió nunca caza hasta después de haber hecho esta adquisición. Las maneras de este hombre eran muy sencillas: hablaba poco y, generalmente, expresaba sus ideas con frases cortas y sentenciosas dichas en voz muy baja.

Desde la Revolución, época en que se atrajo las miradas de todo el mundo, Grandet tartamudeaba de una manera fatigante tan pronto como tenía que hablar mucho tiempo ó sostener una discusión. Este tartamudeo, la incoherencia de sus palabras, el flujo de términos con que ahogaba su pensamiento y su falta aparente de lógica, atribuidos á un defecto de educación, eran afectados, y algunos acontecimientos de esta historia bastarán para explicarlos suficientemente. Por otra parte, cuatro frases, exactas como fórmulas algebraicas, le servían generalmente para abrazar y resolver todas las dificultades del comercio: «No sé; no puedo; no quiero; ya veremos». No decía nunca *si* ó *no*, ni escribía á nadie. Si le hablaban, escuchaba fríamente apoyando la barba en la mano derecha y el codo en la palma de la izquierda, y, una vez que formaba una opinión, nadie le sacaba de ella. Meditaba concienzudamente los tratos más insignificantes. Cuando, después de una larga conversación, su adversario le descubría el secreto de sus pretensiones creyendo haberle cogido, él le respondía:

—No puedo decidir nada sin haberlo consultado con mi mujer.

Esta, á quien él había reducido á un completo aislamiento, era en sus negocios su escudo más cómodo. Grandet no iba á comer nunca á casa de nadie ni invitaba á nadie á comer en la suya. No hacía nunca ruido, parecía economizarlo todo hasta el movimiento, y no molestaba nunca á los demás, llevado de su constante respeto á la propiedad. Sin embargo, á pesar de la dulzura de su voz y de su actitud circunspecta, el lenguaje y costumbres del tonelero se notaban sobre todo en su casa, donde se comprimía menos que en ninguna otra parte. En lo físico, Grandet era un hombre de cinco pies, rechoncho, cuadrado, con una sinuosidad y sus dientes eran blancos; sus ojos tenían la expresión tranquila y devoradora que el pueblo atribuye al basilisco; su frente estaba llena de arrugas transversales, no carecía de significativas protuberancias; y sus cabellos, rubios y blancos, eran de color plata y oro, al decir de algunas gentes que no conocían la gravedad que podía tener el hecho de gastar una broma al señor Grandet. Su nariz, gorda por la punta, sostenía un lobanillo veteadado que, según decían el vulgo, y no sin razón, estaba lleno de malicia. Esta cara anunciaba esa astucia peligrosa, ese frío probidad y ese egoísmo del hombre acostumbrado á concentrar sus sentimientos en el único ser que le fué siempre querido, en su hijo

Eugenia, en su única heredera. Por otra parte, la actitud, los modales, el paso, todo en él confirmaba esa creencia en sí que da la costumbre de ver que se sale siempre airoso en sus empresas; así, pues, aunque el señor Grandet era, en apariencia, hombre de costumbres sencillas y afeminadas, tenía un carácter de hierro. Vestido siempre del mismo modo, el que le veía hoy, le veía tal cual era en 1791. Llevaba en todo tiempo gruesos borcegütes atados con cordones de cuero, medias de lana, un pantalón corto de grueso paño color marrón con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo á rayas amarillas y pardas alternativamente, una ancha levita, una corbata negra y un sombrero de cuáquero. Sus guantes, gruesos como los de los gendarmes, le duraban año y medio, y, para conservarlos limpios, los colocaba siempre con gesto metódico sobre el ala de su sombrero. Esto era lo único que los de Saumur sabían acerca de este personaje. Seis habitantes únicamente tenían derecho á entrar en su casa. El más considerado de los primeros, era el sobrino del señor Cruchot. Desde que había sido nombrado presidente de la audiencia de Saumur, este joven había unido su nombre de Cruchot el de Bonfons y trabajaba para que prevaleciese el segundo sobre el primero, y al efecto se firmaba ya C. de Bonfons. El pleitista poco avisado que se atrevía á llamarle señor Cruchot, no tardaba en apercibirse en la audiencia de su torpeza. El magistrado protegía á los que le llamaban señor presidente; pero favorecía con sus más graciosas sonrisas á los que le llamaban señor de Bonfons. El señor

presidente tenía treinta y tres años, poseía propiedad de Bonfons (*Boni Fontis*), que da siete mil francos de renta, y esperaba la herencia de su tío el notario y la de su otro tío el abate Cruchot, dignatario del cabildo de San Martín de Tours; personas ambas reputadas de ser bastante ricas. Estos tres Cruchot, sostenidos por un buen número de primos emparentados con varias casas de la villa, formaban un partido, como otro tiempo en Florencia los Médicis, y, como éstos, los Cruchot tenían sus Pazzi. La señora de Grassins, madre de un joven de veintitantos años, era asidua concurrente á casa de Grandet y esperaba casar á su querido Adolfo con la señorita Eugenia. El banquero señor de Grassins favorecía vigorosamente las maniobras de la mujer, y hacía secretamente constantes favores al anciano avaro. Estos tres Grassins tenían a su mismo sus adherentes, sus primos y sus familiares aliados. Por parte de los Cruchot, el cura, que era el Talleyrand de la familia, ayudado de su hermano el notario, disputaba vivamente el derecho á la banquera, é intentaba conquistar á la rica heredera para su sobrino el presidente. En un combate secreto entre los Cruchot y los Grassins cuyo premio era la mano de Eugenia Grandet interesaba extraordinariamente á las diversas familias de Saumur. ¿Con quién se casará la señorita Grandet? ¿Con el señor presidente ó con Adolfo de Grassins? A esta pregunta, unos respondían que el señor Grandet no daría su hija ni al uno ni al otro. El antiguo tonelero, doblado por la ambición, quería casar á su hija según se decía, con algún par de Francia

mediante sus trescientos mil francos de renta, se aceptase todos los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Otros replicaban que los señores de Grassins eran nobles y poderosamente ricos; que Adolfo era un hermoso hidalgo y que, al menos de no aspirar á un sobrino del papa, semejante alianza tenía que satisfacer á gentes tan insignificantes, á un hombre á quien todo Saumur había visto con la doladera en la mano que, por otra parte, había llevado el gorro frívolo. Los más sensatos advertían que el señor Cruchot de Bonfons tenía entrada en la casa á todas horas, mientras que su rival sólo era recibido los domingos. Unos sostenían que la señora de Grassins tenía más intimidad con las mujeres de la casa Grandet que los Cruchot, y que podía inculcarles ciertas ideas que, tarde ó temprano, contribuirían á que saliese airosa en su empresa. Otros replicaban que el abate Cruchot era el hombre más insinuante del mundo y que, tratándose de una mujer contra un cura, la partida estaba igualada.

—¡Se trata de una lucha entre faldas! decía un gracioso de Saumur.

Los ancianos del país, más instruídos, aseguraban que los Grandet eran demasiado avispados para dejar que saliesen los bienes de la familia, que la señorita Eugenia Grandet, de Saumur, se casaría con el hijo del señor Grandet, de París, rico almacenista de vinos. A esto, los cruchotistas y los grassinistas respondían:

—En primer lugar, los dos hermanos no se han visto tres veces en treinta años, y además, el señor Grandet de París tiene grandes preten-

siones para su hijo, pues es alcalde de un distrito, diputado, coronel de la guardia nacional y juez del tribunal del comercio, reniega de los Grandet de Saumur, y pretende emparentar con una familia ducal, mediante el apoyo de Napoleón.

¿Qué no se diría de una heredera de la cual se hablaba en veinte leguas á la redonda y hasta en los coches públicos, incluso el de Angers á Blois? A principios del año 1811, los cruchotistas obtuvieron una señalada ventaja sobre los grassinistas. La tierra de Froidfond, notable por su parque, su admirable palacio, alquerías, ríos, estanques y bosques, y cuyo valor ascendía á tres millones, fué puesta en venta por el joven marqués de Froidfond, que se vió obligado á realizar sus bienes. Maese Cruchot, el presidente Cruchot y el abate Cruchot, ayudados por sus partidarios, supieron impedir que la venta se hiciese en lotes. El notario acordó con el joven marqués venderlo á una sola persona, persuadiéndole de que habría infinidad de reclamaciones contra los adjudicatarios antes de percibir el importe de los lotes, y de que era preferible venderlo todo al señor Grandet, hombre solvente y capaz, por otra parte, de pagar la tierra al contado. El hermoso marquesado de Froidfond fué de este modo encaminado hacia el esófago del señor Grandet, el cual, con gran asombro de Saumur, lo pagó al contado después de cubiertas todas las formalidades. Esta compra tuvo gran resonancia de Nantes á Orleáns. El señor Grandet, aprovechándose de un coche que tenía que pasar por allí, se fué á ver su palacio, y después

de haber dirigido á su propiedad una detenida mirada, volviöse á Saumur seguro de haber colocado su dinero al cinco y dominado por el magnífico pensamiento de aumentar el marquesado de Froidfond, uniendo á él todos sus bienes. Después, para llenar de nuevo su tesoro casi vacío, decidió cortar sus bosques y sus selvas y explotar los álamos de sus praderas.

Fácil es ahora comprender todo lo que significa la casa del señor Grandet, aquella casa sombría, fría y silenciosa, situada en lo más elevado de la villa y abrigada por las ruinas de las murallas.

Los dos pilares y la bóveda que formaban el vano de la puerta habían sido construídos, al igual que la casa, de toba, piedra propia del litoral del Loire, y tan blanda que su duración media se calcula en unos doscientos años. Los numerosos y desiguales agujeros que el tiempo había practicado en ella, daban á la bóveda y á los jambajes de la puerta la apariencia de las piedras vermiculadas de la arquitectura francesa y cierta semejanza con el pórtico de una cárcel. Sobre la puerta se veía un bajo relieve de piedra dura que representaba las cuatro estaciones mediante figuras negras y gastadas. Este bajo relieve estaba coronado de un saliente plinto, sobre el cual se elevaban algunas de esas plantas debidas á la casualidad, como parietarias amarillas, campanillas, clemátides, llantén y un cerecito bastante crecido ya. La puerta de encima ennegrecida, maciza, seca, llena de hendiduras y frágil en apariencia, estaba sólidamente sostenida por pernos que formaban simétricos dibu-

jos. Una rejilla cuadrada y con barrotes muy juntos y oxidados, ocupaba el centro del postigo de la casa y servía, por decirlo así, de motivo para un aldabón que se unía á ella mediante una anilla y que caía sobre la magullada cabeza de un enorme clavo. Este aldabón, de forma oblonga, parecía un gran punto de admiración, y, examinándolo con atención, un anticuario hubiera percibido en él la figura esencialmente chistosa de los picaportes antiguos, si bien borrada ya por el uso. Por esta rejilla, destinada para reconocer á los amigos en los tiempos de guerras civiles, podían ver los curiosos en el fondo de una bóveda oscura y verdosa algunos escalones gastados, por los que se subía á un jardín limitado por pintorescamente por muros espesos, húmedos, y llenos de vegetaciones y de espesuras de pequeños arbustos. Estos muros eran los de la muralla sobre la que se elevaban las huertas de algunas casas vecinas. En el piso bajo de la casa, la pieza más considerable era una sala cuya entrada se veía en el fondo de la bóveda de la puerta cochera. Pocas personas conocen la importancia de una sala en los pueblecitos de Anjou, de Turenna y de Berry. La sala sirve allí á la vez de ante-sala, de salón, de despacho, de recibidor, de comedor, y es el teatro de la vida doméstica, el hogar común: allí iba el peluquero dos veces al año á cortarle los cabellos al señor Grandet; allí entraban los inquilinos, el cura, el subprefecto y el molinero. Esta pieza, cuyas ventanas daban á la calle, estaba entarimada, y grandes tablones representaban al abuelo de la señora Grandet, segrises, con molduras antiguas, la cubrían de arriba abajo; su techo se componía de vigas apa-

rentes pintadas también de gris, y cuyos huecos estaban cubiertos con yeso blanco, que el tiempo había vuelto amarillo. Un reloj antiguo de cobre, incrustado de arabescos del mismo metal, adornaba el anaquel de la chimenea de piedra blanca mal esculpida, sobre la cual había un espejo de cuerpo entero, cuyos extremos, cortados á bisel para dejar ver su espesor, reflejaban una línea de luz á lo largo de un trumó gótico de acero adamascado. Los dos floreros de cobre sobredorado que decoraban los dos rincones de la chimenea, tenían dos fines. Quitando los vasos que soportaban las arandelas, este pedestal formaba un candelero para todos los días; las sillas, de forma antigua, estaban tapizadas con tela, sobre la que se veían pintados asuntos de las fábulas de La Fontaine; pero tan pasados estos colores y tan estropeadas las figuras, que era preciso saberlo para reconocerlas. En los armarios provistos de gresos, especie de anaqueles. Una mesa antigua de madera, para jugar, cuya parte superior tenía dibujado un tablero de ajedrez, estaba colocada en el testero que separaba las dos ventanas. En la cima de esta mesa había un barómetro oval con marco de madera negra, provisto de adornos dorados, donde las moscas habían retozado tan silenciosamente, que el dorado era ya un problema. En la pared opuesta á la chimenea estaban colgados dos retratos al pastel que querían representar al abuelo de la señora Grandet, señor de la Berthelliere, vestido de teniente de la guardia francesa, y á la difunta señora Gentillet,

vestida de pastora. De las dos ventanas pendían sendas cortinas de tela roja de Tours, sostenidas por cordones de seda que terminaban en gruesas bellotas. Este lujoso decorado, que tanto contrastaba con las costumbres de Grandet, había sido comprendido en la compra de la casa, así como el trumó, el reloj, la mesa de marquetería y las rinconeras. En la ventana más próxima á la puerta se veía una silla de paja colocada sobre una plataforma á fin de elevar á la señora Grandet á una altura que permitiese ver los transeuntes. Una mesita de cerezo llenaba el alféizar, y el pequeño sofá de Eugenia Grandet estaba colocado á su lado. Hacía quince años que madre é hija ocupaban aquel sitio entregadas á un constante trabajo desde abril á noviembre. Las dos mujeres permitían trasladarse á la chimenea el 1.º de noviembre, día en que Grandet consentía que hiciese fuego en la sala, haciéndolo apagar el 31 de marzo, sin tener en cuenta los primeros fríos de la primavera ni los del otoño. Un calentador, que la gran Nanón encendía con brasas en la cocina, ayudaba á la señora y á la señorita Grandet á pasar las mañanas ó las tardes más frescas del mes de abril y de octubre. La madre y la hija cosían y remendaban toda la ropa de la casa, y empleaban tan concienzudamente sus días en esta labor de verdaderas obreras, que si Eugenia quería bordar una gorguera á su madre, se veía obligada á perder horas de sueño engañando á su padre para tener luz. Hacía mucho tiempo que el avaro distribuía la luz á su hija y á la gran Nanón, así como el pan

los artículos necesarios para el consumo diario. La gran Nanón era, sin duda, la única criatura humana capaz de soportar el despotismo de su amo. Toda la villa se la envidiaba á los señores Grandet. La gran Nanón, llamada así á causa de su elevada estatura de cinco pies y seis pulgadas, estaba al servicio de Grandet hacía treinta y cinco años. Aunque no ganaba más que sesenta francos al año, pasaba por una de las criadas más ricas de Saumur. Estos sesenta francos, acumulados durante treinta y cinco años, le habían permitido colocar recientemente cuatro mil francos en casa del notario Cruchot, y este resultado de las largas y persistentes economías de la gran Nanón pareció gigantesco. Todas las criadas, al ver que la pobre sexagenaria tenía asegurado el pan para la vejez, la envidiaban, sin pensar en la dura esclavitud que había tenido que sufrir para alcanzar aquella suma. Tan repulsiva parecía su cara, que la pobre muchacha aun no había podido colocarse en ninguna casa á la edad de veintidós años; y ciertamente que este sentimiento era bien injusto: su cara hubiera sido admirada sobre los hombros de un granadero de la guardia imperial; pero, al parecer, la conveniencia es necesaria en todo. Obligada á dejar una quinta incendiada cuyas vacas guardaba, Nanón llegó á Saumur y se puso á buscar casa, provista de ese valor que no recula ante nada. El padre Grandet, que pensaba casarse entonces y que quería ya montar su casa, pensó en esta joven, rechazada de puerta en puerta. Apreciando en su valor la fuerza corporal, en su calidad de tonelero, Grandet compren-

dió el partido que podía sacarse de una criatura hembra de hercúlea contextura, plantada sobre sus pies como una encina de sesenta años sobre sus raíces, de grandes caderas, de espaldas cuadradas, de manos de carretero y dotada de una probidad tan rigurosa, como rigurosa era su intacta virtud. Ni las arrugas que adornaban su rostro marcial, ni la tez de color de ladrillo, ni los brazos nervudos, ni los andrajos de la Nanón asustaron al tonelero, el cual se encontraba en esa edad en que el corazón palpita. Vistió, pues, calzó y mantuvo á la pobre joven y le dió soldada sin maltratarla demasiado. Al verse acogido de este modo, la gran Nanón lloró secretamente de alegría y se adhirió sinceramente al tonelero, el cual, por otra parte, la explotó feudalmente. Nanón lo hacía todo: cocinaba, iba á lavar la ropa al Loira, se la cargaba sobre la cabeza, hacía la colada, se levantaba al rayar el alba, se acostaba tarde, hacía la comida para todos los vendimiadores durante la época de la recolección, defendía como un perro fiel los intereses de su amo y, finalmente, llena de ciega confianza en él, obedecía sin murmurar sus más ridículos caprichos. El famoso año de 1811 cuya cosecha costó trabajos inauditos, Grandet resolvió dar á Nanón su reloj, único regalo que recibió de él en su vida; pues aunque le daba sus zapatos viejos, éstos no pueden considerarse como regalo, ya que estaban estropeadísimos, es imposible comprender el provecho trimestral que de ellos sacaba Grandet. La necesidad hizo á esta pobre joven tan avara, que Grandet acabó por amarla como se ama á un perro, y Nanón se

había dejado poner al cuello un collar provisto de puntas, cuyos pinchazos no sentía. Si Grandet cortaba el pan con alguna escasez, la pobre no se quejaba y participaba alegremente de los provechos higiénicos que procuraba el régimen severo de la casa, donde nadie estaba nunca enfermo. Por otra parte, Nanón formaba parte de la familia: se reía cuando se reía Grandet, y se entristecía, se helaba, se calentaba y trabajaba, cuando él. ¡Cuán gratas compensaciones encerraba esta igualdad! El amo no había negado nunca á la criada ni el albérchigo ó el melotón de los viñedos, ni las ciruelas caídas.

—¡Vamos, regálate, Nanón! le decía los años en que las ramas se rompían bajo el peso de los frutos que los cortijeros se veían obligados á dar á los cerdos.

Para una campesina que en su juventud no había recibido más que malos tratos, para una pobre recogida por caridad, la risa sospechosa del padre Grandet era un verdadero rayo de sol. Por otra parte, el corazón sencillo y la escasa inteligencia de Nanón no podían contener más que un sentimiento y una idea. Hacía treinta y cinco años que se veía siempre llegando ante el taller del padre Grandet y que oía al tonelero que le decía:

—¿Qué quiere usted, hija mía?

Y su reconocimiento estaba siempre fresco. Á veces, Grandet, al pensar que aquella pobre criatura no había oído nunca la menor palabra halagüeña, que no conocía los gratos sentimientos que inspira la mujer y que podía comparecer ante Dios tan casta como la Virgen María,

se compadecía de ella, y decía sonriéndole
—¡Pobre Nanón!

Esta exclamación iba siempre seguida de una indefinible mirada por parte de su criada. Este silencio irá unida á los acontecimientos de esta historia, aparte de que el croquis de la sala, donde una no interrumpida cadena de amistad. Aquella piedad nacida en el corazón de Grandet no se sospechar de antemano la desnudez de los pisos un no sé qué de horrible; pero aquella atrocidad de avaro, que despertaba mil placeres en el corazón del viejo tonelero, constituía para Nanón toda su dicha. Quién no dirá también: ¡Pobre Nanón! ¡Dios reconocerá á sus ángeles por las inflexiones de sus voces y por sus misteriosas penas! Había en Saumur un gran número de salas donde las criadas eran mejor tratadas, para ir á encontrarse provistos de todas sus necesidades donde los amos no recibían en cambio agradecimiento alguno. De ahí este otro dicho: «¿Qué le amistad. Por la mañana, todo Saumur harán los Grandet á la gran Nanón para que lea la misa á la señora y á sea tan adicta? Esa muchacha sería capaz de arrojar al fuego por ellos». La cocina, cuyas enrejadas ventanas daban al patio, estaba siempre limpia y fría, era una verdadera cocina avaro donde nada debía perderse. Cuando Nana había fregado y apagado el fuego, dejaba la cocina, que estaba separada de la sala por un pasillo, y se iba á hilar cáñamo al lado de su marido. Los tres llevaban enormes ramos cogidos en sus pequeños invernaderos. El ramo de toda la noche. La criada se acostaba en el fondo de aquel pasillo en un chirimbitil que recibía luz por una claraboya. Su robusta naturaleza permitía habitar impunemente aquella especie de agujero, desde donde podía oír el menor ruido en medio del profundo silencio que reinaba en la casa. Cual un perro guardián

Nanón tenía que dormir con un oído alerta y descansar vigilando.

La descripción de las demás partes del edificio irá unida á los acontecimientos de esta historia, aparte de que el croquis de la sala, donde una no interrumpida cadena de amistad. Aquella piedad nacida en el corazón de Grandet no se sospechar de antemano la desnudez de los pisos un no sé qué de horrible; pero aquella atrocidad de avaro, que despertaba mil placeres en el corazón del viejo tonelero, constituía para Nanón toda su dicha. Quién no dirá también: ¡Pobre Nanón! ¡Dios reconocerá á sus ángeles por las inflexiones de sus voces y por sus misteriosas penas! Había en Saumur un gran número de salas donde las criadas eran mejor tratadas, para ir á encontrarse provistos de todas sus necesidades donde los amos no recibían en cambio agradecimiento alguno. De ahí este otro dicho: «¿Qué le amistad. Por la mañana, todo Saumur harán los Grandet á la gran Nanón para que lea la misa á la señora y á sea tan adicta? Esa muchacha sería capaz de arrojar al fuego por ellos». La cocina, cuyas enrejadas ventanas daban al patio, estaba siempre limpia y fría, era una verdadera cocina avaro donde nada debía perderse. Cuando Nana había fregado y apagado el fuego, dejaba la cocina, que estaba separada de la sala por un pasillo, y se iba á hilar cáñamo al lado de su marido. Los tres llevaban enormes ramos cogidos en sus pequeños invernaderos. El ramo de toda la noche. La criada se acostaba en el fondo de aquel pasillo en un chirimbitil que recibía luz por una claraboya. Su robusta naturaleza permitía habitar impunemente aquella especie de agujero, desde donde podía oír el menor ruido en medio del profundo silencio que reinaba en la casa. Cual un perro guardián

En 1819, al obscurecer de un día del mes de noviembre, la gran Nanón encendió el fuego de la chimenea por primera vez. El otoño había pasado hermoso. Aquel día era un día muy conocido para los cruchotistas y grassinistas. Así es que los seis antagonistas se preparaban para ir á encontrarse provistos de todas sus necesidades donde los amos no recibían en cambio agradecimiento alguno. Por la mañana, todo Saumur harán los Grandet á la gran Nanón para que lea la misa á la señora y á sea tan adicta? Esa muchacha sería capaz de arrojar al fuego por ellos». La cocina, cuyo aniversario del nacimiento de la señorita Eugenia era un día. Así, pues, calculando la hora en que acababa la comida, maese Cruchot, el abate Cruchot y el señor C. de Bonfons se apresuraron á llegar al lado de la señora y á felicitar á la señorita Grandet. Los tres llevaban enormes ramos cogidos en sus pequeños invernaderos. El ramo de toda la noche. La criada se acostaba en el fondo de aquel pasillo en un chirimbitil que recibía luz por una claraboya. Su robusta naturaleza permitía habitar impunemente aquella especie de agujero, desde donde podía oír el menor ruido en medio del profundo silencio que reinaba en la casa. Cual un perro guardián le había ofrecido su regalo paterno, consis-

tente, hacia trece años, en una curiosa moneda de oro. La señora Grandet regalaba ordinariamente á su hija un vestido de invierno ó de verano, según las circunstancias. Estos dos vestidos y la moneda de oro que recogía el primero de año y el del santo de su padre, componían una rentita de unos cien escudos. Grandet se complacía en verle amontonar. Era esto trasladar el dinero de una caja á otra y criar con mimo, por decirlo así, la avaricia

su heredera, á la que pedía á veces cuenta de tesoro, aumentado antes con los donativos de Bertelliere, diciéndole: «Esos servirán paramente docena de tu matrimonio»? La *docena* es una costumbre antigua que rige aún, habiendo santamente conservada en algunos países situados en el centro de Francia. Cuando una jovergada, amarilla como un membrillo, desmañada, se casa, su familia ó la de su esposo debe datorpe, una de esas mujeres, en fin, que parecen una bolsa conteniendo, según las fortunas, monedas, ó doce docenas de monedas, ó docenas grandes, nariz grande, ojos grandes, frente grandes, cientos de monedas de plata ó de oro. La tora más pobre no se casaría sin su docena aunque sólo se compusiese de monedas de docena de medallas antiguas de oro que tenían un gran valor.

Durante la comida, el padre de Eugenia, tisecho al ver á su hija tan hermosa con su nuevo, había exclamado:

—Ya que es el santo de Eugenia, enc

edamos el fuego, que es cosa de buen augurio. —Seguramente que la señorita se casará este año, dijo la gran Nanón al mismo tiempo que se llevaba los restos de un ganso, que es el faisán de los toneleros.

—No veo partido para ella en Saumur, respondió la señora Grandet mirando á su marido con un aire tan tímido, que demostraba la completa esclavitud conyugal á que estaba sometida la pobre mujer.

—Hoy cumple la niña veintitrés años, y pronto será preciso ocuparse de ella, exclamó alegremente Grandet mirando á su hija.

Eugenia y su madre cruzaron furtivamente una mirada de inteligencia.

La señora Grandet era una mujer seca y delgada, amarilla como un membrillo, desmañada, una de esas mujeres, en fin, que parecen nacidas para ser tiranizadas; tenía los huesos grandes, nariz grande, ojos grandes, frente grandes, cientos de monedas de plata ó de oro. La pde, y, al primer golpe de vista, ofrecía una vaga semejanza con esos frutos pasados que no tienen sabor ni jugo. Sus dientes eran negros y ra-céntimos. En Issoudun se habla aún de no los, su boca estaba arrugada y su barba tenía la forma de esa barba que suele llamarse de vieja. Era una excelente mujer, una verdadera Berte-de oro. El papa Clemente VII, tío de Catalina liere. El abate Cruchot sabía buscar ocasiones para decirle que no había sido fea, y ella lo creía. Su carácter angelical, su resignación de insecto atormentado por chiquillos, su rara piedad, su inalterable mansedumbre y su buen corazón, contribuían á que fuese universalmente compadecida y respetada. Su marido no le daba nunca más de seis francos de una vez para sus peque-

ños gastos. Aunque ridícula en apariencia, esta mujer, que, con su dote y sus herencias, había aportado al padre Grandet más de trescientos mil francos, se había sentido siempre tan profundamente humillada ante una dependencia que un aislamiento contra los que la bondad de su alma le prohibía rebelarse, que no le había permitido nunca un céntimo ni hecho ninguna observación al firmar las actas que le presentaba el notario Cruchot. Esta secreta y estúpida altivez, esta nobleza de alma desconocida y herida constantemente por Grandet, eran los rasgos característicos de la conducta de esta mujer. La señora Grandet llevaba constantemente una bata de levantina verde que había logrado que le durase dos años, un chal de algodón blanco, un sombrero de paja y un delantal de tafetán negro que usaba únicamente por casa. Como salía muy poco, gastaba pocos zapatos. Por otra parte, no quería nunca nada para ella; de modo que Grandet, acosado á veces por los remordimientos al acordarse del mucho tiempo que hacía que no le había dado seis francos á su mujer, estipulaba siempre alguna cantidad para los alfileres de su esposa sobre el precio de su cosecha. Los cuatro ó cinco luises que regalaba el holandés ó el belga que adquiría la cosecha de Grandet formaban la única renta anual de la señora Grandet; pero cuando recibía los cinco luises, su marido le decía frecuentemente como si la bolsa fuese común:

—¿Tienes suelto para prestarme?

Y la pobre mujer, feliz ante la idea de poder hacer algo por un hombre que su confesor le

representaba como su señor y dueño, le devolvía en el transcurso del invierno algunos escudos del dinero que había recibido para alfileres. Cuando Grandet se sacaba del bolsillo la moneda de cinco francos asignada cada mes para los gastos pequeños, como hilo, agujas y tocado de su hija, no dejaba nunca de decirle á su mujer, después de haberse abrochado la chaqueta:

—Y tú, mujer, ¿quieres algo?

—Ya veremos, amigo mío, decía la señora Grandet llevada de un sentimiento de dignidad maternal.

¡Sublimidad perdida! Grandet se creía generoso con su mujer. Los filósofos que encuentran muchas Nanón, señoras Grandet y Eugénias, ¿no tienen derecho para creer que la ironía es el rasgo distintivo del carácter de la Providencia? Después de aquella comida, donde por primera vez se habló de la boda de Eugenia, Nanón fué á buscar una botella de casis al cuarto del señor Grandet, y estuvo á punto de caer al bajar.

—¡Gran bestia! le dijo su amo, ¿también tú te vas á caer como la gente?

—Señor, es que el peldaño este de su escalera está roto.

—Es verdad, dijo la señora Grandet, hace ya tiempo que debías haberlo compuesto. Ayer Eugenia estuvo á punto de caerse.

—Mira, dijo Grandet á Nanón al verla pálida, ya que es el cumpleaños de Eugenia y has estado á punto de caerte, toma una copita de casis para reponerte.

—Á fe que la he ganado bien, dijo Nanón; en mi lugar, cualquiera otro hubiese roto la bote-

lla; pero yo me hubiera roto un brazo por sostenerla en el aire.

—¡Pobre Nanón! dijo Grandet sirviéndole una copa de casis.

—¿Te has hecho daño? le dijo Eugenia mirándola con interés.

—No, me sostuve aguantándome con los riñones.

—¡Bueno! ya que es el cumpleaños de Eugenia, voy á arreglaros ese peldaño, dijo Grandet. No sé como no sabéis vosotras poner el pie en el rincón, en un lugar en que aun está sólido.

Grandet tomó la bujía, dejó á su mujer, á su hija y á su criada sin más luz que la del hogar que despedía vivas llamas, y se fué al horno á buscar tablas, clavos y herramientas.

—¿Quiere usted que le ayude? gritó Nanón al oírle martillar en la escalera.

—No, no, no me haces falta, respondió el antiguo tonelero.

En el momento en que Grandet componía su escalera y silbaba con todas sus fuerzas, recordando los tiempos de su juventud, los tres Cruchot llamaron á la puerta.

—¿Es usted, señor Cruchot? preguntó Nanón mirando por la rejilla.

—Sí, respondió el presidente.

Nanón abrió la puerta, y el resplandor del hogar permitió á los tres Cruchot ver la entrada de la sala.

—¡Ah! son ustedes muy obsequiosos, dijo Nanón al sentir las flores.

—Señores, dispénsenme, soy con ustedes en seguida, gritó Grandet al reconocer la voz de sus

amigos. Estoy avergonzado, porque me cogen ustedes componiendo un peldaño de mi escalera.

—Siga usted, siga usted, señor Grandet, cada cual hace en su casa lo que quiere, dijo sentenciosamente el presidente.

La señora y la señorita Grandet se levantaron, y el presidente, aprovechándose de la obscuridad, dijo á Eugenia, ofreciéndole al mismo tiempo un ramillete de flores raras en Saumur:

—Señorita, permítame que la felicite y que le manifieste hoy, que es su cumpleaños, mis ardientes deseos de que los celebre usted muchos años con la alegría y salud con que lo celebra hoy.

Y acto continuo, estrechando á la heredera, la besó en ambos lados del cuello con una complacencia que ruborizó á Eugenia. El presidente, que parecía un clavo oxidado, creía hacer la corte de este modo.

—No se molesten ustedes, dijo Grandet entrando. ¡Caramba! ¡qué elegante va usted los días de fiesta, señor presidente!

—¡Bah! estando con la señorita, respondió el abate Cruchot armado de su ramo, todos los días serían fiesta para mi sobrino.

El cura besó la mano de Eugenia, y respecto al notario Cruchot, se limitó á besar á la joven en las dos mejillas, diciéndole:

—¡Cómo va usted creciendo! Ya se ve, cada año son doce meses.

Volviendo á colocar la luz sobre la chimenea, Grandet, que no olvidaba nunca un chiste y que

lo repetía hasta la saciedad cuando á él le gustaba, dijo:

—Ya que es el cumpleaños de Eugenia, encendamos los candelabros.

Y esto diciendo, quitó cuidadosamente los vasos de los candelabros, colocó la arandela en cada pedestal, tomó de manos de Nanón una vela de sebo nueva rodeada por el extremo de una tira de papel, la metió en el agujero, la aseguró, la encendió y fué á sentarse al lado de su mujer, mirando alternativamente á sus amigos á su hija y las dos bujías.

El abate Cruchot, hombre regordete y rechoncho, con peluca roja y lisa y con cara de mujer retozona, dijo adelantando sus pies bien calzados con gruesos zapatos provistos de hebillas de plata:

—¿No han venido aún los Grassins?

—Todavía no, dijo Grandet.

—Pero ¿tienen que venir? preguntó el vicario haciendo gestos con su cara agujereada como una espumadera.

—Creo que sí, respondió la señora Grandet.

—¿Ha acabado usted ya de vendimiar? preguntó el presidente Bonfons á Grandet.

—Sí, dijo el anciano viñero levantándose para pasearse á lo largo de la sala y alzando el tórax con un movimiento lleno de orgullo.

Al hacer este movimiento, el avaro vió por la puerta del corredor que daba á la cocina á la gran Nanón sentada al fuego con una luz encendida y preparándose á hilar allí para no mezclarse en la fiesta.

—¡Nanón! dijo entonces internándose en

el corredor, ¿quieres apagar ese fuego y esa luz y venir aquí? ¡pardiez! la sala es bastante grande para todos.

—Pero, señor, teniendo visitas de etiqueta...

—¿No vales tú tanto como ellos? Son de la casta de Adán, como tú.

Grandet se volvió después hacia el presidente, y le dijo:

—¿Ha vendido usted su cosecha?

—A fe que no, la conservo. Si ahora es bueno el vino, dentro de dos años será aún mejor. Ya sabe usted que los propietarios se han jurado sostener los precios convenidos, y este año los belgas no han de poder más que nosotros. Si se van, que se vayan, ya volverán.

—Sí, pero hay que tener cuidado, dijo Grandet con un tono que hizo temblar al presidente.

—¿Estará vendiendo el suyo? pensó Cruchot.

En este momento, un aldabonazo anunció á la familia Grassins, y su llegada interrumpió una conversación empezada entre la señora Grandet y el cura.

La señora de Grassins era una de esas mujercitas vivarachas, regordetas, blancas y rosadas, que, gracias al régimen monástico de provincias y á los hábitos de una vida virtuosa, se conservan jóvenes aun á los cincuenta años. Esas mujeres son como esas últimas rosas del verano, cuya vista causa placer, pero cuyos pétalos están marchitos y cuyo perfume se ha perdido. La señora de Grassins vestía bastante bien, encargaba sus vestidos á París, imponía la moda á la villa de Saumur y daba reuniones en su casa. Su marido, antiguo cuartelmaestre de la guardia im-

perial, gravemente herido en Austerlitz, y re-
rudo, conservaba, á pesar de su consideración
hacia Grandet, la aparente franqueza de los me-
litares.

—Buenas noches, Grandet, le dijo al vi-
tendiéndole la mano y afectando una especie de
superioridad con que achicaba siempre á la
Cruchot. Señorita, dijo á Eugenia después de
haber saludado á la señora Grandet; es usted
tan guapa y juiciosa, que no sé, en verdad, lo
qué desearle.

Y esto diciendo, le entregó una cajita que lle-
vaba su criado y que contenía un brezo del Caber-
fior traída recientemente á Europa y muy rara-

La señora de Grassins besó muy afectuosamente
á Eugenia, le estrechó la mano y le dijo:

—Adolfo se ha encargado de ofrecerle á usted
mi insignificante regalo.

Un joven alto, rubio, pálido y delgado, de
maneras distinguidas y tímido en aparien-
pero que acababa de gastar en París, adonde ha-
bía ido á estudiar la carrera de derecho, ocho
diez mil francos, además de sus gastos ordina-
rios, se acercó á Eugenia, la besó en ambos ce-
rriños y le ofreció un neceser, cuyos utensilios
eran de plata sobredorada, una verdadera me-
cancia de pacotilla, á pesar del escudo en el que
una E y una G góticas, bastante bien grabadas,
podían hacer creer que se trataba de una alhaja.

Al abrirlo, Eugenia sintió una de esas alegrías
inesperadas que hacen enrojecer y temblar de
satisfacción á las jóvenes. Después volvió los ojos
hacia su padre, como para saber si debía aceptar
el regalo, y el señor Grandet le dijo un: «Tómelo

malo, hija mía», con un tono que hubiera ilus-
trado á un actor. Los tres Cruchot quedaron
estupefactos al ver la alegre y animada mirada
que le dirigió á Adolfo la heredera, á la que se-
mejantes riquezas parecieron inauditas. El señor
de Grassins ofreció á Grandet un polvo de ta-
baco, tomó él otro, sacudió los granos que ha-
bían caído sobre la cinta de la Legión de honor,
pegada al ojal de su levita azul, y después miró
á los Cruchot con aire que parecía decir:

—¡Chupaos esa!

La señora de Grassins fijó sus ojos en los flo-
reros azules donde habían sido colocados los ra-
mos de los Cruchot, buscando sus regalos con la
fingida buena fe de una mujer burlona. En tan-
delicada circunstancia, el abate Cruchot dejó
que los reunidos se sentasen en torno del fuego,
y fué á pasearse al fondo de la sala con Grandet.

Quando estos dos ancianos estuvieron en el al-
ceizar de la ventana más distante de los Grassins,
el sacerdote dijo al oído al avaro:

—¡Esa gente tira el dinero por la ventana!

—¿Qué más da, si viene á parar á mi bolsillo?
respondió el anciano viñero.

—Si usted quisiera dar tijeras de oro á su
no le faltan ciertamente medios, dijo el
cura.

—Yo le doy cosa mejor que tijeras, dijo Gran-
det.

—Mi sobrino es un alma de cántaro, pensó el
cura mirando al presidente, cuyos desgreñados
cabellos contribuían á aumentar la poca gracia
de su fisonomía morena. ¿No podía haber esco-
gido algún regalo de valor?